

JUAN DE CASTELLANOS EN ITALIA *
BALANCE Y SIGNIFICADO DE SU OBRA

En tres grandes capítulos divide el profesor Zilio su Estudio sobre Castellanos: *Vida y obra; Lectura analítica y sintomática de las dos primeras elegías; La crítica*. Finalmente, vienen las *Conclusiones: balance y significado de la obra de Castellanos*. Termina el apasionante tratado con las referencias bibliográficas, correcciones y adiciones, índice onomástico e índice general.

Para mejor comprender la índole de este trabajo, interesa saber que su autor se propone, conforme a las cortas líneas del prefacio, "replantear su estudio [de la obra poética de Castellanos] de una manera sistemática", y declara que su primer capítulo no tiene de original sino el análisis del testamento, siendo los demás datos de segunda mano, tomados de Ulises Rojas, Isaac J. Pardo y Mario Germán Romero y que, para la lectura y cita de los versos del poema, se valió de la edición de Bogotá (Presidencia de la República) de 1955. No obstante esta declaración, Zilio resume, también en forma sistemática, la biografía del héroe, de modo que si no quedamos del todo cerciorados de los avatares y andanzas en cada uno de los sitios donde vivió, gozó, padeció, escribió y, finalmente, reposó, nos deja bien informados de la parábola principal de su vida andariega por las regiones costeras de Colombia y Venezuela, sus dos estancias en Santa Fe de Bogotá, hasta dar con sus huesos y su existencia tormentosa en Tunja, donde, en perpetua casa, escribe y hace su testamento en 1606, y muere en noviembre de 1607 a los 85 años de edad.

Considera el autor que "el arco aproximado de la confección de la obra poetizada comienza allá por 1577-1578 y llega a 1592", en tanto que la parábola total, incluyendo la crónica en prosa, puede partir de 1562, y si su labor culmina en 1602, la trayectoria completa abarca un período de 40 años. Para la realización de su Estudio, Zilio confiesa haber leído íntegras las dos primeras elegías, y tramos del resto del poema, con un total de 56.000 versos.

La lectura analítica de las dos primeras elegías está hecha estrofa por estrofa, lo que no obsta para que dé, a trechos, grandes saltos, conforme a su intento de "descubrir las joyas que se asoman por todas partes a lo largo del poema", joyas que va mostrando a medida que avanza en la lectura. Lo primero que advierte es el historicismo que sitúa al poeta dentro de la "tradición aristotélica de lo verídico", historicismo acompañado de 'moralismo'; y junto a estos ingredientes, el

* GIOVANNI M. ZILIO, *Estudio sobre Juan de Castellanos* (Consiglio Nazionale delle Ricerche, Centro di Ricerche per l'America Latina presso l'Università degli Studi di Firenze), t. I, Firenze, Valmartina Editore, 1972.

“teologismo parenético” que constituirá después uno de los puntales principales del barroco.

Las cosas que narra Castellanos tienen valor en sí mismas. No necesitan arreos. De ahí su poética *a lo negativo*, a imitación de Ercilla, para emprender luego la “anticipación perspectiva” de lo que cantará. En estrofas en que sobresalen “versos dantescos” y síntesis “dignas de Virgilio”, como conclusión de los preliminares brota espontánea la invocación a la musa, siguiendo el modelo clásico. Sólo que en su caso, la musa no es Calíope sino la Virgen María, a tono con el “programa cristiano postridentino”. La Virgen María sustituye también a Clío, musa de la historia, para relievar más aún el historicismo.

La lectura del primer canto termina con la transcripción de la estrofa demostrativa del despertar de la vena inquieta del poeta “bajo la apacible superficie del cronista”.

A lo largo de la lectura se complace en registrar las particularidades estilísticas del poema, empezando por la malabarística de las fechas en sus versos, como

Año de cuatrocientos y noventa
Con mil un año más era pasado.

lo que constituye un estilema constante de la obra entera. La frialdad del soldado-poeta ante los grandes de la Antigüedad; las reminiscencias virgilianas, dantescas, tasescas y ariostescas; la descripción dinámica de la naturaleza; la compenetración de la eficacia pragmática con el logro poético; “el erotismo camuflado de moralismo”; la “actitud teológica”, convertida con el correr de los versos en antropológica, terrenal y utilitaria, todos estos atributos resaltan al lado de su sentido de la justicia y su coraje civil en proclamar, aun por encima de la razón de Estado, su indignación “contra las crueldades de los españoles”, situándose en la línea de la denuncia del padre Las Casas.

Otra de las virtudes que descubre Zilio en la poética de Castellanos es que éste no imita textualmente a sus modelos sino que los desintegra para reintegrarlos “en un plano de reinención poética original”, afirmación que demuestra mediante cotejos de textos de Virgilio, Ovidio, Ariosto y Ercilla con los de Castellanos. A través de la lectura antológica se solaza en mostrar “hermosas comparaciones” que, en globo, forman un eslabón de “núcleos eidéticos y estilísticos de gran altura”, metáforas que son “imágenes poderosas”, reiteraciones en función de una precisa intencionalidad poética. En suma, la lectura, firmemente asentada en las estrofas del poema, sin muletas ni divagaciones, conforma la parte crítica del autor del libro, y a fe que logra sacar al cronista del limbo de los poetas mediocres, para situarlo, *mutatis mutandis*, a la altura de los grandes poetas épicos de todos los tiempos.

El tercer capítulo del Estudio está consagrado a intentar un examen sistemático de cuanto se ha escrito sobre Castellanos, a partir de sus contemporáneos hasta nuestros días.

Empieza esta parte con la "crítica de los preliminares ajenos", desde los censores Agustín Zárate y Alonso de Ercilla, y las composiciones poéticas de sus amigos, admiradores y discípulos, contenidas en los preliminares de los distintos tomos de la obra. Encuentra que tales composiciones no representan un balbuceo poético, como se ha venido afirmando. Al contrario, halla en ellas "aspectos y momentos de real poesía", leyéndolos dentro de su contexto histórico-cultural, y no desde afuera, "como se ha hecho, ahistóricamente".

Viene luego el examen de la autocrítica del propio Castellanos, contenido en las dedicatorias y en los elementos que se desprenden del texto poemático. De los juicios de Castellanos se deducen, entre otras conclusiones, que el poeta desconfía de su propio valer, pero presume haber levantado desde los primeros cimientos la historia de América; tiene conciencia de haber sacado de las tinieblas del olvido "tantas hazañas esclarecidas" y que escribió el poema por comisión de sus amigos, entre los que se destaca su mecenas, el adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada.

La crítica moderna comprende todo el período que va del siglo xvii al siglo xx. Arranca, pues, con Manuel del Socorro Rodríguez, "el primero, que sepamos, en señalar, a nivel literario, el glorioso monumento de las *Elegías*".

Lo interesante en estas estupendas páginas no es la lista de los escritores que se han ocupado de Castellanos. Es el criterio objetivo que guía la mente del analizador. Con esto queremos decir que el comentarista va señalando — pruebas al canto — los aciertos y los errores, dando a cada uno lo que en justicia cree que le corresponde, llámese Miguel Antonio Caro o Marcelino Menéndez y Pelayo; sea americano o español, amigo o desconocido para el autor. Un ejemplo ilustra mejor el criterio o la posición de Zilio frente a la obra, objeto de su estudio. Comentando el pasaje de Paz y Melia (pág. 239) en que éste se lamenta "del desdichado trabajo que se impuso Castellanos de cambiar la sobria y galana prosa de sus prólogos por versos prosaicos" y hace recaer la culpa en los amigos que lo aconsejaron, sostiene el autor que "el insigne erudito entendió poco de la verdadera poesía que aletea por todas partes de la obra del fundador de las letras colombianas" y no percibió que la prosa de los prólogos es muy inferior a su mejor poesía. Sus amigos consejeros, "más que culpables, deben considerarse acreedores perennes a la gratitud de las letras universales".

Zilio ha entonado, pues, el *O felix culpa*, y absuelto a Castellanos del crimen de lesa poesía por haber escrito en verso y no en prosa y roto la tradición crítica basada en una confesión de humildad del poeta, "tópica en el lenguaje de los prólogos de entonces".

También, como se ha visto atrás, Castellanos, o mejor su poema, queda descargado del sambenito que a partir de Menéndez y Pelayo le colgaron casi todos los críticos. En adelante no debe hablarse de la obra monstruosa en el sentido peyorativo de lo grande y deforme, sino de lo monstruoso en el sentido de lo prodigioso y poético. Diremos, para no hacernos prolijos, que del examen de *La crítica*, bien que ninguno se queda sin el reconocimiento expreso de sus méritos, los mejor librados, después de I. J. Pardo, vienen a ser nuestros contemporáneos y coterráneos como José Manuel Rivas Sacconi, Antonio Curcio Altamar y Mario Germán Romero, de quien afirma que "con su último trabajo ha comenzado a dar un vuelco cualitativo" en la apreciación del poema castellanesco.

Cerramos esta sencilla reseña subrayando algunas de las conclusiones del *Balance y significado de la obra de Castellanos*. Aunque no somos peritos y apenas hayamos leído a grandes trancos parte de los 113.609 versos — según el conteo definitivo — del poema, es fácil asentir a conceptos como el de que "nos hallamos frente a un nuevo modelo épico" que a pesar del "elemento prosástico, trivial, ingenuo y socarrón (y hasta por eso mismo) es sustancialmente revolucionario y no es posible medirlo con los metros de la tradición clásica. Que en la crónica castellaneca se fusionan y confunden la historia, la poesía y la misma vida de quien fue partícipe de los hechos que relata", y que en las *Elegías* estallan los "límites tradicionales de la épica, se disuelve la oposición entre el protagonista y el antagonista, que se sustituyen por el coro y la masa; el *epos* cede el paso a la narración y el *polemos* se convierte en *eros*. En otras palabras, los jefes se convierten en seres de carne y hueso". "Castellanos se sacude de encima con gesto de gigante los modelos que llevaba a cuestas", incluso a Ercilla, su inmediato émulo en el tiempo y el espacio.

Y, finalmente, algo que debe halagar a los novelistas latinoamericanos: Castellanos representa no sólo el primer eslabón en el tránsito de la épica personalista a la coral, sino que en su obra radican acaso "los orígenes primarios de la futura novela hispanoamericana", como quien dice, de la contemporánea, de la que hace hoy "explosión clamorosa, inimitable, planetaria".

Para poner punto final digamos, aunque no parezca oportuno ni necesario, que el autor del *Estudio sobre Juan de Castellanos* ostenta, a través de todas sus páginas, dominio del idioma en que escribe y que, como crítico, su trabajo es elogiado de todo punto por su objetividad, rigor analítico, erudición de primera mano y conocimiento pleno de las técnicas actuales en materia de estilística y crítica científica.

ANTONIO FORERO OTERO.

Instituto Caro y Cuervo.